

No a las guerras

El rechazo del terrorismo es prácticamente general en las sociedades occidentales, sobre todo tras los atentados masivos de Nueva York, Madrid y Londres. El Compendio de la doctrina social de la Iglesia (CDSI) califica el terrorismo como «una de las formas más brutales de violencia» (n.º 513), merecedor de la «condena más absoluta» por «el desprecio total de la vida humana» (n.º 514) que manifiesta, sobre todo cuando «golpea a ciegas». Este severo juicio moral es muy probablemente compartido por la mayoría de nuestros conciudadanos. En cambio, respecto a las guerras, no parece darse un parecido rechazo moral (entendemos por guerra la violencia ejercida por un Estado contra otro Estado o contra poblaciones extrañas a él). Amplios sectores de la ciudadanía tienden a identificarse casi automáticamente con las decisiones de sus gobiernos en materia de guerra y paz. Y los ejércitos —con sus banderas y uniformes— gozan casi siempre del prejuicio favorable de actuar en defensa de la «seguridad nacional», considerada como criterio supremo. Sin embargo, en fechas aún cercanas Juan Pablo II llegó a calificar la guerra como «el fracaso de todo auténtico humanismo»¹.

Destrucción en guerras recientes

En materia de guerra y paz, más tal vez que en ninguna otra, es preciso evitar dos formas extremas de idealismo: en primer lugar el idealismo

¹ Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1999, 11.

marxista (heredero del idealismo hegeliano) que exaltaba la lucha como «el motor de la historia» y también la forma de idealismo de quienes creen realizable una sociedad sin la menor violencia institucional (estatal o interestatal). No cabe soñar con una humanidad en la que haya desaparecido toda injusticia o agresión entre individuos y colectividades. Por ello, *«las exigencias de la legítima defensa justifican la existencia de las fuerzas armadas en los Estados, cuya acción debe estar al servicio de la paz (...) Las personas que prestan su servicio en las fuerzas armadas tienen el deber específico de defender el bien, la verdad y la justicia en el mundo»* (CDSI, n.º 502). Gobiernos y ejércitos estarán de acuerdo con estos principios.

Pero, obviamente, la guerra no es sólo una cuestión de principios (que siempre se invocan a favor de la propia causa). Importa también —¡y mucho!— el precio que pagan las poblaciones afectadas por tanta aventura bélica (algunos historiadores calculan que, en los últimos 5.500 años, la humanidad ha estado embarcada en 14.513 guerras).

Quienes estén preocupados por las víctimas de las guerras y del terrorismo han de tener presentes las trágicas estadísticas que ambos ofrecen, y comparar. Desde 1998, se calcula que el terrorismo se ha cobrado unos 20.000 muertos, una verdadera hecatombe. Al mismo tiempo, una sola guerra de estos mismos años, la que tuvo por escenario la República Democrática del Congo (que la ex secretaria de Estado norteamericana Madeleine Albright llamó la *«Primera Guerra Mundial en África»*) causó cuatro millones de muertos, la mayoría por desnutrición y enfermedad, pero directamente provocados por aquel conflicto bélico, en cuyo desarrollo estuvieron implicados no pocos países y empresas del Hemisferio Norte atraídos por la posibilidad de llevar a cabo una rapiña sistemática de materias primas de gran valor. Los medios de comunicación social apenas si han mencionado esta guerra y sus víctimas, mientras no cesaban de ocuparse de las víctimas de los actos terroristas que cubrieron de luto a Nueva York, Madrid, Londres o la isla de Bali.

En general, los medios de comunicación dedican grandes espacios al terrorismo, a sus víctimas, a los terroristas y a la guerra contra el terrorismo, mientras apenas informan sobre las numerosas guerras que actualmente golpean a la humanidad, cuando no las silencian por completo. El resultado de tan diferente tratamiento mediático en la conciencia de los

ciudadanos es una amplia repulsa (bien merecida) de los actos terroristas por un lado, y una mezcla de indiferencia o **insensibilidad moral ante los estragos de las guerras.**

Guerras del Oriente Próximo

Obviamente, si este año de nuevo nos preocupa el problema de la guerra, es por culpa de las dos últimas que han azotado al Oriente Próximo: la «guerra preventiva» de EE.UU. y sus aliados contra Irak y la que este pasado verano enfrentó a Israel y el Líbano. Si «es esencial la búsqueda de las causas que originan un conflicto bélico» (CDSI, n.º 498), parece inevitable señalar la riqueza petrolera de esta región como principal motivo de enfrentamientos en ella, más allá de los motivos puntuales (por ejemplo, la liberación de dos prisioneros israelíes). En lo que se refiere a la **invasión de Irak**, los mismos EE.UU. han reconocido la inexistencia de las razones que invocaron al desencadenarla. En cuanto al número de víctimas directas de la violencia bélica en este país, la prestigiosa *The Lancet* calcula su número en más de 600.000 desde que EE.UU. lo invadió en marzo de 2003 (como era de esperar, Bush negó credibilidad a estas cifras, olvidando que la suya propia está muy por debajo de la de citada revista médica británica).

En la **guerra del Líbano**, ¿se ha tratado de defender la existencia misma del Estado de Israel? No faltarán quienes lo afirmen. Sin embargo, un Estado no puede basar su existencia solamente en la fuerza de las armas. Tiene que apoyarse ante todo en el derecho internacional. La resolución 181 de las Naciones Unidas (del 29 de noviembre de 1947), que decidió el «reparto» de la antigua Palestina entre dos Estados: uno judío y otro árabe, le ofreció ese apoyo en el derecho. Pero al impedir hasta la fecha la creación del Estado palestino, Israel echa por tierra la misma base jurídica que lo debiera legitimar, y da muestras de que deposita su entera confianza en su superioridad militar y en el apoyo que le presta la primera potencia mundial.

Hamás, adoptando una postura paralela a ésta, tampoco reconoce al Estado judío. Tal situación se ha agravado para Israel con la reciente victoria de este partido en las legislativas del territorio de Gaza. En el actual clima de tensión generalizada en el Próximo Oriente, es de temer que esta postura se haya extendido más aún entre los países

árabes y musulmanes de la región. Esta consecuencia es trágicamente lógica: fuera del derecho, no queda más salida que la negación del contrario y la guerra.

En esa misma dirección se sitúa la no ejecución por parte de Israel de otras resoluciones de las Naciones Unidas como la 191, de diciembre de 1948, sobre el «derecho al retorno» de los exiliados árabes; o la 242 (22 de noviembre de 1967) que dictaminó «la retirada de las fuerzas armadas israelíes de los territorios ocupados» a cambio del reconocimiento de «su derecho a vivir en paz en el interior de fronteras seguras y reconocidas». El incumplimiento, entre otras, de estas resoluciones priva a Israel de la posibilidad de invocar la defensa de su propia existencia como Estado para justificar las sucesivas guerras que ha emprendido desde su fundación.

Al mismo tiempo, el número de soldados norteamericanos muertos en Irak supera ya al de las víctimas del atentado de las Torres Gemelas. Irak se ha convertido en un vivero de terroristas, mientras los EE.UU. no ven la manera de salir airoso del avispero que han creado. La gran superpotencia mundial tal vez comprenda ahora mejor juicios como el siguiente del CDSI (n.º 501): «Una acción bélica preventiva sin pruebas evidentes de que una agresión está por desencadenarse, no deja de plantear graves interrogantes de tipo moral y jurídico». Recientemente, escribía el ex secretario de Estado norteamericano C. Powell: «El mundo comienza a dudar de las bases morales de nuestra lucha contra el terrorismo». Habría sido más exacto decir que el mundo lleva años dudando de dichas bases morales.

En la última guerra del Líbano, los dos bandos carecieron de escrúpulos al concentrar sus ataques sobre todo en la población civil. Según *Amnistía Internacional*, Hezbolá lanzó cerca de cuatro mil cohetes sobre el norte de Israel, causando la muerte de 23 civiles y heridas graves a otros 33. Aproximadamente, una cuarta parte de los cohetes fueron disparados contra zonas urbanas y algunos llevaban en su interior miles de rodamientos de metal. Por su parte, Israel lanzó miles de bombas racimo, de fósforo blanco y uranio empobrecido. Por ambas partes se olvidó que «el principio de humanidad, inscrito en la conciencia de cada persona y pueblo, conlleva la obligación de proteger a la población civil de los efectos de la guerra» (CDSI, n.º 505).

La aviación israelí realizó más de 9.000 bombardeos, destruyó 50 fábricas, 100.000 viviendas, 146 puentes y 74 carreteras, además de los daños causados en puertos, aeropuertos y centrales eléctricas; mató a más de mil

civiles e hirió a otros cuatro mil. Tras el alto el fuego, un millón de bombas (sobre todo de bombas-racimo), quedaron sembradas en el sur del Líbano, siguieron causando muertos y heridos tras el alto el fuego y dejaron paralizadas no pocas zonas agrícolas. Más de un millón de libaneses y 300.000 israelíes se convirtieron en desplazados de guerra.

Guerras sin control ni proporción

Las armas modernas son de tal potencia que parecen escapar al control de quienes las emplean; o, más exactamente, resulta muy difícil resistir a la tentación de emplear una violencia desproporcionada. Volver a **la ley del talión** —«*vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, cardenal por cardenal*» (Éxodo 21, 23-25)— constituiría hoy un gran progreso en el ámbito de las relaciones internacionales. Este salto hacia atrás de casi cuatro mil años libraría a la humanidad de buena parte de sus sufrimientos e injusticias.

El derecho internacional intenta traducir hoy la vieja ley del talión en lenguaje universal a través del **principio de proporcionalidad** entre la ofensa y su reparación. El protocolo adicional primero de 1977 a las Convenciones de Ginebra lo define claramente: los ataques «*están prohibidos si cabe temer que van a causar pérdidas en vidas humanas entre la población civil, heridos en esta misma población o estragos en los bienes de carácter civil excesivos en comparación con la ventaja militar concreta y directa que es de esperar*».

Lo más grave es que no sólo las declaraciones de ciertos líderes del Próximo Oriente, sino también las tácticas premeditadas, se orientan a veces hacia la destrucción pura y simple del adversario. Israel se encuentra en la situación de una fortaleza asediada y amenazada. Y los palestinos se ven condenados a vivir en un espacio cada vez más reducido y con menos recursos, al mismo tiempo que se les niega la posibilidad de organizarse como Estado. Nos encontraríamos, pues, como dice el n.º 506 del CDSI, ante «*conatos de eliminar enteros grupos nacionales, étnicos, religiosos o lingüísticos*». No se han aprendido aún las más duras lecciones del siglo XX: los genocidios de armenios, judíos, ucranios, camboyanos y otras poblaciones de los Balcanes y del centro de África. Las guerras, en vez de alejar tan grave peligro, crean las condiciones ideales para caer en él.

Todavía hay sectores importantes de la humanidad que consideran el recurso a la guerra como una posible solución de los problemas internacionales. De hecho, las de Irak y el Líbano, en vez de resolver los problemas existentes, los han agravado. En teoría cabe aún la posibilidad de recurrir a la guerra con toda justicia. Pero para que tal recurso fuera lícito, se deberían cumplir **simultáneamente** las siguientes condiciones: *«que el daño causado por el agresor a la nación o a la comunidad de las naciones sea duradero, grave y cierto; que todos los demás medios para poner fin a la agresión hayan resultado impracticables o ineficaces; que se reúnan las condiciones serias de éxito; que el empleo de las armas no entrañe males y desórdenes más graves que el mal que se pretende eliminar»* (CDSI, n.º 500).

Hoy, la comunidad internacional se ha dotado de un instrumento que tiene como fin principal hacer inútil la guerra. Este instrumento es la ONU. Por desgracia, quienes más poder tienen dentro de esta Organización intentan a veces paralizarla, cuando no van directamente contra sus reglas esenciales. Por ello, su responsabilidad es muy grave.

En 1965, Pablo VI se atrevió a lanzar el grito esperanzado *«¡Nunca más la guerra!»* ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. Aquel grito, por desgracia, suena hoy un tanto idealista o ingenuo. Nosotros, más modestamente, pero con no menor decisión, decimos: **No a las guerras. ■**